

BENIN 2013:

Describir nuestra experiencia en Benin es una tarea mucho más difícil de lo que puede aparentar a primera vista. Cuando vuelves de un viaje como el nuestro, todo el mundo te suele preguntar qué tal te ha ido, qué destacas de un lugar tan distinto a lo que estamos acostumbrados. Sin embargo, escoger de entre nuestros recuerdos las palabras adecuadas para contestar a las miles de preguntas no es nada fácil. Si algo he sacado en claro de este viaje es que este tipo de experiencias son únicas: Benín no es algo que podamos explicar, Benín hay que vivirlo.

Un buen 16 de julio nos embarcamos en una aventura y comenzamos lo que serían probablemente 3 de las mejores semanas de nuestras vidas. Dicen que hemos cambiado, que Benín nos ha cambiado, que ya no somos los mismos que dejaron en el aeropuerto aquel 16 de julio. Ahora bien, ¿cómo no vamos a haber cambiado? Un viaje como este no te puede dejar indiferente, todo lo que ves y, sobre todo, todo lo que sientes, te hace plantearte inevitablemente todo lo que te rodea. Desde el primer momento que pusimos un pie en tierras africanas, nos dimos cuenta de que aquel iba a ser un viaje distinto, un viaje especial. No se si fue el calor y la humedad o el atrevernos por primera vez a viajar en un autobús con mucha menos capacidad de la que esperábamos (y es que entre maletas, cajas y personas que se unían a nuestro transporte, los viajes en autobús se convirtieron en absolutos retos) pero Benín nos impactó desde el primer momento.

Se suele decir, por mucho que suene a tópico, que lo que más acaba destacando de este tipo de viajes son las sonrisas, siempre presentes en la cara de todos aquellos que nos encontrábamos por el camino. En mi caso, además de las sonrisas, yo me quedo con cada abrazo, con cada enérgico saludo con el que siempre nos recibían, con su enorme esfuerzo para aceptarnos a nosotros, personas totalmente extrañas, y hacernos un hueco en sus sencillas vidas. En definitiva, me quedo con la felicidad que desprendían a cada paso, felicidad que, aquí en Occidente, donde tenemos mucho más de lo que ellos podrían soñar, no compartimos. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que, a pesar de toda la pobreza y toda la necesidad que existe en Benín, ellos poseen algo que nosotros nos hemos olvidado por el camino, algo realmente esencial en la vida. Llámalo esperanza o llámalo ilusión.

Fue, de hecho, esta alegría la que nos cautivó en nuestro primer voluntariado propiamente dicho en Benín. Después de pasar unos días en Ouidah en el centro de las Agustinas, todos quedamos asombrados con la facilidad con la que nos habíamos encariñado con unos niños que nos ofrecieron todo a cambio de nuestro tiempo y nuestro cariño. Fue allí cuando empezamos a entender que, a pesar de que nuestra idea inicial fuera ayudar en la medida de nuestras posibilidades, íbamos a ser nosotros los que nos veríamos beneficiados de esta experiencia, los que al final saldríamos ganando. De todas las personas que vivían en ese centro, tanto religiosas como niños y discapacitados, aprendimos el verdadero valor de la vida, simplemente por vivir y no por producir, y que la verdadera belleza de ésta radica en atreverse a luchar por ella. Este centro nos hizo plantearnos que realmente siempre existe una realidad detrás de todos

nuestros problemas y que lo único necesario para encontrarla es seguir buscando.

Los días fueron pasando y Benín nos iba conquistando cada vez más. Sus caminos de tierra roja, sus bosques, sus ríos, sus atardeceres y, sobre todo, sus gentes nos sorprendían a cada paso que dábamos y se iban ganando un hueco dentro de nuestros mejores recuerdos. Así, después de haber atravesado con más o menos dificultades el país de sur a norte, llegamos a Nikki, destino principal de nuestro viaje y residencia fija durante dos semanas. Si hubo algo que me enseñó nuestro trabajo en Nikki fue la gran paciencia y dedicación que requiere la enseñanza y el esfuerzo que puede suponer a veces enfrentarse a este reto con una sonrisa nueva cada día. Pero, a su vez, también aprendimos lo gratificante que resulta transmitir aquello que sabes, por poco que pueda ser, y lo necesario que es para todos estos niños. A medida que pasaban los días, los niños se convirtieron en nuestros niños y las clases en nuestras clases, y el cariño con el que nos trataron es algo por lo que nunca podremos estar suficientemente agradecidos. Por ello, no podíamos sino tratar de dar lo mejor de nosotros mismos, como si de alguna manera así pudiéramos devolverles a aquellos niños toda la felicidad que nos estaban proporcionando.

Hemos de decir también que no todo fue un "camino de rosas", como quien dice. Por supuesto que hubo momentos difíciles pero cuándo no los hay. Y son precisamente esos momentos los que te hacen darte cuenta de lo necesario que es todo el trabajo por el desarrollo que se realiza en un país como Benín, desde Fundebe hasta cada uno de los voluntarios que ofrecen toda su ilusión, desde cada profesor del colegio hasta cada persona que ayuda en lo que puede a su vecino en la calle. Son estas acciones las que te demuestran que, más allá de toda la pobreza y la miseria, más allá de todo el hambre y todas las enfermedades, sigue quedando esperanza y, por ello, luchar por conservarla no puede sino convertirse en una responsabilidad.

Ahora que esta experiencia se ha acabado y estamos a miles de kilómetros de Benín, no podemos sino agradecer a todo aquel que hizo posible que nosotros estuviéramos allí. Benín entró en nuestra vida de golpe, ninguno de nosotros podía pensar que lo que vivimos allí iba a ser tan intenso que dejaría en nosotros una huella imborrable. Sin embargo, de lo que si que podemos estar seguros ahora es que, no sabemos cómo ni cuándo, pero volveremos. Después de todo, esta experiencia solo sabe a comienzo.